

El “desorden público” nuclear

por Douglas Roche

Preferiría poder decir que la atención mundial se centrará en la Conferencia de Examen del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) de 2005, que los gobiernos se darán prisa en aplicar las trece medidas prácticas ya convenidas para el desarme nuclear, que las acciones conjuntas del orden político y civil reducirán considerablemente el alto nivel actual de peligro de que se usen las armas nucleares.

Desafortunadamente, en el mundo real de desorden político en el que vivimos, nada de eso es probable. Se puede ser tildado de “soñador” o peor aún, de “idealista”, si se expresa la verdad sencilla y a la vez desesperadamente compleja de que los gobiernos tienen el deber solemne de eliminar esas armas que pueden acabar con la humanidad.

He seguido la tortuosa historia del TNP durante veinte años: como jefe de la delegación canadiense en la Conferencia de Examen de 1985, como autor de escritos sobre la Conferencia encargada del examen y la prórroga del Tratado de 1995, y como Presidente de la Iniciativa de las Potencias Medianas, en estrecha colaboración con varios gobiernos, en la Conferencia de Examen de 2000. He participado en las tres reuniones preparatorias para la Conferencia de 2005. No tengo dudas de que la actual crisis es la peor que ha atravesado el TNP. El Tratado está al borde del colapso, y la proliferación de las armas nucleares, tanto en los países que ya las poseen como en aquellos que desean tenerlas, es casi un hecho. Es realmente vergonzoso que el público sepa tan poco acerca de la naturaleza del peligro, y que los gobiernos traten con tanta indiferencia el problema del respeto de la ley.

Si bien las reuniones del TNP nunca estuvieron exentas de conflictos, antes las luchas terminaban frecuentemente con arreglos de buena voluntad y dando muestras de un mínimo de confianza. Ahora la buena voluntad y la confianza han desaparecido porque los Estados poseedores de armas nucleares (EPAN) han intentado cambiar las reglas del juego. Al menos antes se reconocía que el TNP se había alcanzado mediante un trato, en virtud del cual los EPAN habían convenido en negociar la eliminación de sus armas nucleares y compartir la tecnología nuclear con fines pacíficos a cambio de que los Estados no poseedores de armas nucleares se abstuvieran de adquirir esas armas.

La adhesión a ese trato permitió prorrogar indefinidamente el Tratado en 1995 y obtener en 2000 un “compromiso

inequívoco” de eliminar las armas nucleares mediante el programa de las trece medidas prácticas. Ahora, los Estados Unidos rechazan los compromisos de 2000 y justifican su agresiva diplomacia afirmando que el problema del TNP no radica en los actos de los EPAN, sino en que ciertos Estados, como Corea del Norte y el Irán, no lo cumplen. El Reino Unido, Francia y Rusia secundan a los Estados Unidos en su nueva táctica de distraer la atención de los compromisos de desarme dimanantes del artículo VI y concentrada en los Estados transgresores.

El Brasil advirtió claramente: “El cumplimiento de las trece medidas para el desarme nuclear acordadas durante la Conferencia de Examen de 2000 ha sufrido un menoscabo significativo —podría decirse sistemático— por los actos y omisiones, y las diversas reservas e interpretaciones selectivas, de los Estados poseedores de armas nucleares. El hecho de hacer caso omiso de las disposiciones del artículo VI puede afectar, en última instancia, a la naturaleza del trato fundamental en el que descansa la legitimidad del Tratado.”

Toda la comunidad internacional, nuclear y no nuclear, está preocupada por la proliferación. Pero el nuevo intento de los EPAN de pasar por alto los aspectos discriminatorios del TNP, que se están volviendo permanentes, ha conseguido agotar la paciencia de los miembros del Movimiento de los Países No Alineados. Éstos advierten que el mundo dividido en Estados nucleares y no nucleares se está convirtiendo en una constante del panorama mundial; ven que los Estados Unidos intentan desarrollar una nueva arma nuclear “utilizable” y que la OTAN, una alianza militar en expansión, se aferra a la doctrina de que las armas nucleares son “esenciales”. En medio de ese caos, el TNP se debilita, y recobra fuerzas la perspectiva de un mundo con múltiples Estados poseedores de armas nucleares, el temor que indujo a las naciones a establecer el TNP.

Al riesgo nuclear se suma la amenaza del terrorismo nuclear, que crece día a día. Se estima que 40 países poseen los conocimientos para fabricar armas nucleares, y la existencia de un extenso tráfico ilícito de elementos nucleares muestra la insuficiencia del actual sistema de control de exportaciones. A pesar de los arduos esfuerzos del Organismo Internacional de Energía Atómica (cuya financiación es absolutamente insuficiente para desempeñar las funciones de inspección que se le han encomendado) el margen de seguridad es, como ha dicho Mohamed ElBaradei, su Director General, “mínimo y preocupante”. El Senador estadounidense Edward

Kennedy de Massachussets va mucho más allá: “Si al-Qaeda puede obtener o ensamblar un arma nuclear, seguramente la empleará, en Nueva York, en Washington, o en cualquiera otra ciudad grande de los Estados Unidos. El mayor peligro que nos amenaza en los días, semanas y meses venideros es un 11 de septiembre nuclear, y esperamos y rogamos que no sea ya demasiado tarde para evitarlo.”

El Nuevo Programa: un nuevo puente

La Resolución 1540 del Consejo de Seguridad, que exige a todos los Estados tomar medidas para impedir que agentes no estatales adquieran armas nucleares, químicas y biológicas, es un paso útil para frenar la proliferación. La Iniciativa de seguridad frente a la proliferación, promovida por los Estados Unidos, intenta prohibir el traspaso de materiales nucleares en alta mar. La vigilancia constante del OIEA, en los lugares donde puede desarrollar sus actividades, infunde cierta confianza. Sin embargo, como reconoció Rusia en la tercera reunión preparatoria del TNP en 2004, “los terroristas son inteligentes y hábiles, y están dispuestos a todo con tal de obtener los componentes para fabricar armas de destrucción en masa y atacar a gente inocente.” El eminente físico Frank von Hippel dice que “nada podría ser más sencillo” para los terroristas que obtener uranio muy enriquecido y hacer estallar un dispositivo explosivo con una potencia igual a la de la bomba de Hiroshima.

La tarea que tiene por delante la Conferencia de Examen del TNP de 2005 es convencer a los Estados poseedores de armas nucleares de que la única esperanza de detener la proliferación de esas armas es abordar el desarme nuclear con igual energía. Esa es precisamente la posición que adoptaron los ministros de relaciones exteriores de la Coalición para el Nuevo Programa (Brasil, Egipto, Irlanda, México, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Suiza) cuando afirmaron, en una declaración reciente, que “la no proliferación nuclear y el desarme son dos caras de la misma moneda y debemos luchar enérgicamente por ambas”.

El Nuevo Programa, que ejerció un liderazgo impresionante en la negociación de las trece medidas prácticas con los Estados poseedores de armas nucleares en la Conferencia de Examen del TNP de 2000, está tratando de llegar a otras potencias medianas a fin de fortalecer lo que podría llamarse el “medio moderado” en el debate sobre las armas nucleares. Para los Estados no poseedores de armas nucleares de la OTAN, la resolución del Nuevo Programa presentada a la Asamblea General de las Naciones Unidas fue mucho más escueta y atractiva que las anteriores.

Esa estrategia fue premiada cuando ocho países de la OTAN —Alemania, Bélgica, el Canadá, Lituania, Luxemburgo, Noruega, los Países Bajos y Turquía— votaron a favor de la resolución, tendiendo así efectivamente un puente entre la OTAN y el Nuevo Programa. El resultado de la votación fue de 135 votos a favor, 5 en contra y 25 abstenciones. A pesar de que los tres Estados occidentales poseedores de armas nucleares continuaron oponiéndose a los intentos de acercamiento del

Nuevo Programa, el nuevo “puente” muestra que un grupo de Estados centristas podría estar en condiciones de generar un resultado positivo en la Conferencia de Examen del TNP de 2005.

Las prioridades de acción señaladas en el Nuevo Programa no serían difíciles de aplicar si los Estados poseedores de armas nucleares cooperaran en los siguientes aspectos: la pronta entrada en vigor del Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares; la reducción de las armas nucleares no estratégicas y el no desarrollo de nuevos tipos de armas nucleares; la negociación de un tratado efectivamente verificable de prohibición de la producción de material fisiónable; el establecimiento de un órgano subsidiario que trate las cuestiones del desarme nuclear en la Conferencia de Desarme; y el cumplimiento de los principios de irreversibilidad, transparencia y desarrollo de la capacidad de verificación.

Un nuevo frente común podría todavía revitalizar el único instrumento jurídico mundial que tenemos para detener la proliferación de las armas nucleares.

Pero la médula del problema radica precisamente en esa cooperación o, mejor dicho, en la falta de ella, entre los que poseen armas nucleares y los que no. En los 35 años de existencia del TNP ha habido poca cooperación. ¿La conciencia de los nuevos peligros impulsará finalmente a los gobiernos a actuar? Mucho depende ahora de las medidas que adopte la reelecta Administración Bush en los Estados Unidos.

Pienso que la única forma de impedir que se debilite el TNP es que las potencias medianas —los Estados del Nuevo Programa, los miembros de la OTAN que no poseen armas nucleares, la Unión Europea y otros pocos Estados de la misma tendencia—, en un nuevo arranque de energía, refuercen y determinen las posiciones centristas en el debate sobre las armas nucleares. Aun cuando la India, el Pakistán e Israel siguen rechazando el TNP, sería beneficioso también para ellos cooperar en la aplicación de la lista de prioridades del Nuevo Programa.

¿Podemos esperar ese arranque de energía si los parlamentarios y el público permanecen sumisos? Un nuevo frente común de una sociedad civil que ha tomado conciencia y de unos Estados humanitarios en las potencias medianas podría todavía revitalizar el único instrumento jurídico mundial que tenemos para detener la proliferación de las armas nucleares.

Douglas Roche, O.C., es Senador Emérito del Canadá, ex Embajador del Canadá para el Desarme, Presidente de la Iniciativa de las potencias medianas y autor de “The human Right to Peace”. Correo-e: djroche@shaw.ca